

A woman with long, flowing red hair is the central figure, her face partially obscured by her hand. She is holding a white, rectangular object horizontally across her mouth. The background is a dark, purple and blue night sky with a large, glowing, multi-colored orb (resembling a full moon or planet) behind her. The overall mood is mysterious and ethereal.

AL OTRO  
LADO DE LA  
SERPIENTE  
DE OBSIDIANA

DESCENDIENTES DE NAMMENTOS VOL. 1

ANALI SANGAR

Eddel está dividido en cuatro enclaves que se rigen por estrictas leyes.

Hlín vive al norte del gobernado por los Vorgrimler, junto a su familia, y disfruta de la libertad que le regala su querido bosque de sauces. Hasta que es reclamada en la fortaleza.

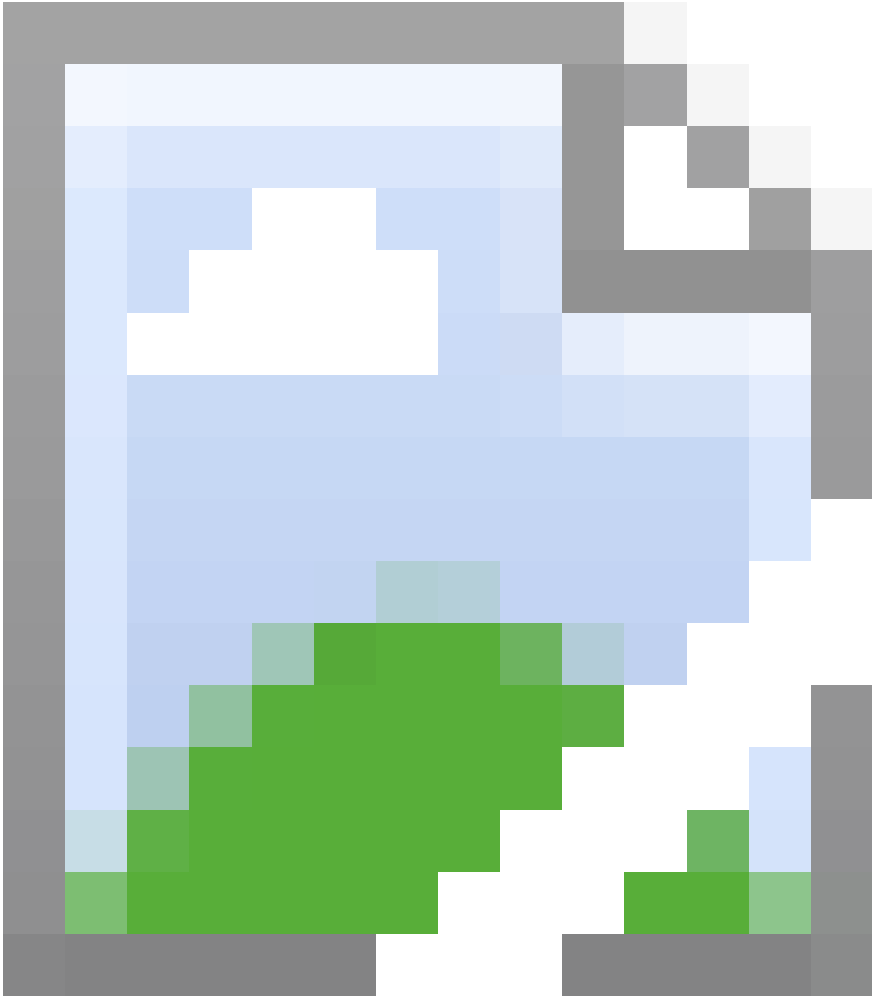
Reacia a aceptar el destino que se le ha impuesto, se adentra en los parajes prohibidos que se extienden al otro lado del río, ignorando que su sino ya está escrito.

En Nammentos habitan sanguinarios clanes.

Adler, líder de los Bastardos del Hierro, es un guerrero frío y carente de remordimientos con una única obsesión: dar caza a la mujer de Eddel.

Una fuerte atracción enraizada en el odio se crea entre ellos, haciendo que desconfianza y pasión sean difíciles de separar. Para Hlín todo es un maldito plan trazado por los dioses en el que cazador y presa son obligados a compartir algo más que la presencia del otro; sin embargo, Adler tiene muy presente que, en el seno de un clan, la rebeldía y la deslealtad se pagan con la muerte.

Deseo, amor, huidas, traiciones, luchas sangrientas, despiadadas bestias, viajes al plano onírico y tres dioses primigenios te esperan al otro lado de la Serpiente de Obsidiana.



## Cita

*Al Enclave Sangar, por lanzarse de cabeza  
a las salvajes tierras de Nammentos.*

## Doce años antes...

**A**guardó hasta que la silueta llameante de Tzone desapareció tras el horizonte para no ser sorprendida atravesando el río; si alguno de los guardias la descubría tratando de alcanzar la orilla oeste, sería prendida y llevada ante su señor, que la condenaría sin antes someterla a juicio, en vista de que la benevolencia le era ajena cuando alguna de las leyes se incumplía.

Habían transcurrido dos años desde aquella primera vez que se vio obligada a aventurarse al otro lado del Rötlich. Cierto era que bosque Sauce la abastecía de cuanto necesitaba para la elaboración de sus tónicos y ungüentos, si bien ciertas plantas con propiedades curativas crecían en las zonas más recónditas y húmedas del bosque de las Luciérnagas.

Suspiró, cansada, maniobrando con esfuerzo uno solo de los remos para hacer que el pequeño bote de madera virara junto a los juncos que poblaban la orilla. Ya tenía una edad para desempeñar según qué funciones, y aquellas escapadas nocturnas cada vez le resultaban más extenuantes.

Antes de que la codicia por el poder nublara todo juicio a las cuatro familias nobles de Eddel y se obligaran a firmar el tratado territorial que dio origen a los enclaves, era libre de ir y venir a lo largo y ancho de la región sin temor a que se la acusara de traidora. Pero no en los tiempos que corrían, cuando traspasar los límites fronterizos que dividían un enclave de otro podía suponer incluso la pena de muerte. Por dicho motivo, prefería asumir el riesgo en el río, pues de ser descubierta siempre podría alegar que había salido de pesca; no en vano su rústica caña y unos pocos

aparejos medio roídos por el óxido reposaban perennes sobre los maderos de la cubierta de su pequeño bote.

Cruzar a la orilla opuesta del Rötlich también estaba prohibido, sin embargo, las tierras que se extendían a ese lado no pertenecían a Eddel. Tampoco a nadie que ella supiese; los parajes que se hallaban en ese margen eran desconocidos para su gente y no sabía de otros que se hubiesen aventurado a explorarlos dadas las leyendas que, de generación en generación, se habían ido propagando sobre estos. No obstante, sabiendo que de ser descubierta el castigo no sería tan duro como el de delito por traición, prefería enfrentarse a esas supercherías de vieja, que hablaban de las despiadadas bestias que moraban más allá del bosque de las Luciérnagas, a hacerlo a los guardias armados de la fortaleza. Además, en los dos años que habían acontecido desde que se aprobaran las leyes del tratado entre enclaves y la búsqueda de sus preciadas hierbas se viese limitada, su única alternativa quedó reducida a ese lugar y no eran pocas las veces que lo había inspeccionado sin toparse nunca con uno de esos monstruos de fábula.

Saltó del bote sujetando el cabo de la cuerda con una mano, lo amarró a los juncos para evitar que la corriente lo arrastrara y, una vez asegurado, miró a su alrededor.

No, no creía una palabra de aquellas antiguas historias, solo había que ver la paz que allí reinaba, y más aún cuando había anochecido y de las copas de los árboles brotaban miles de haces de luz. Justo como en aquel mágico instante.

Con otro suspiro, en esa ocasión de alivio, se internó entre la foresta, dejando que la luminiscencia que aquellos pequeños seres emitían señalizara el camino que la llevaría hasta las plantas que había ido a buscar.

\* \* \*

En el pequeño hatillo de piel que había llevado consigo no cabía una raíz más, y ella nunca fue partidaria de pensar en demasía las distintas especies recogidas y arriesgarse a que estas perdieran parte de sus propiedades, por lo que dio por finalizada su recolecta de aquella noche.

Se irguió con un quejido de huesos y se ajustó sobre la cabeza la capucha de su capa. Estar durante tanto tiempo encorvada, para localizar y arrancar las diferentes plantas, la había dejado entumecida, y la humedad que se asentaba en aquella parte del bosque tampoco ayudaba a que sus adoloridos músculos se reactivaran.

Miró al cielo y calculó, por la posición de Munno, que aún faltarían unas tres horas para que amaneciera; tiempo suficiente para llegar a su modesta cabaña y entrar en calor frente a la chimenea antes de que los rayos de Tzone bañaran Eddel con un sinfín de matices dorados.

Colgándose el atestado hatillo al hombro, comenzó a desandar el camino cuando escuchó un lamento apagado acompañado del llanto de un bebé. Giró sobre sí misma, inspeccionando la espesura, y aguzó el oído tratando de adivinar su procedencia.

El afligido gimoteo se repitió y, sin detenerse a pensarlo, echó a correr en dirección a él.

La capucha de su capa cayó hacia atrás, dejando al descubierto su larga cabellera salpicada de hebras blancas, que ondeó como un manto de ónix hilado en plata conforme el titilar de las luciérnagas, que gobernaban las altas copas, se fue apagando para dar paso a la oscuridad.

Supo que se estaba adentrando en un hábitat desconocido en cuanto los vivos verdes tornaron a fúnebres marrones y los troncos de los altivos y robustos árboles cambiaron a esqueletos retorcidos de cuarteada corteza y desnudos de vegetación.

En su fuero interno se maldijo por estar yendo en sentido contrario al que la llevaría a su pequeño bote, y este, a su cálido hogar, mas no fue capaz de desatender lo que su

instinto le gritaba. Alguien precisaba de su ayuda y no por nada ella había dedicado gran parte de su vida a auxiliar a los demás. De otra manera muy distinta, eso era cierto, puesto que atravesar el bosque en pos de lo desconocido y a una velocidad que jamás creyó posible dada su edad no entraba dentro de sus compromisos como sanadora.

Detuvo su carrera al hallar el origen de las lamentaciones que poco antes habían captado sus oídos. Una mujer joven, que agonizaba entre quejidos, yacía sobre las hojas secas de ese inhóspito lugar con las vestiduras cubiertas de sangre fresca y dos niñas abrazadas a su cuerpo rogándole que se levantara y corriera.

Dio un paso.

Otro más.

Hasta situarse tan cerca como para distinguir al bebé de escasos meses que la moribunda sostenía entre sus brazos.

El débil llanto del pequeño, amortiguado contra el pecho de su madre, la hizo reaccionar y se arrodilló presurosa para evaluarla. Palpó con cuidado algunas zonas de su castigado cuerpo y descubrió otras para poder ver el estado de sus heridas, comprobando con pesar que estas eran letales.

Cerró los ojos e inspiró en profundidad, queriendo infundirse algo de valor, antes de abrirlos de nuevo y fijarlos en los de la desconocida, que la observaban suplicantes. Entonces fue testigo de las gruesas lágrimas que se deslizaron entremedias de la suciedad que emborronaba su bello rostro, dejando a su paso dos húmedos surcos.

El corazón se le encogió de tristeza dentro del pecho.

—Sálvalos —emitió la joven en un gorgoteo—. Pon... a mis hijos... a salvo.

Miró a las niñas.

La que rondaría los cinco o seis años apoyaba la sucia mejilla en el hombro de su madre y murmuraba palabras de aliento cerca de su oído; la pequeña, que no habría alcanzado los tres, se abrazaba a sus piernas.



Volvió a centrarse en la joven.

—Primero he de atenderte a ti —le dijo imprimiendo a su voz una determinación que no sentía.

Había visto demasiado en la vida como para no tener dudas de cuándo no había nada que pudiera hacerse.

—No hay... tiempo —balbució ella apretándole la mano con las pocas fuerzas que le quedaban—. Ya vienen... Tienes que... sacarlos de aquí.

—He dicho que primero...

Unos gruñidos sibilantes, que no se asemejaban a los de ningún animal que ella hubiese conocido, se alzaron desde diferentes lugares.

Sintió que la sangre se le helaba y, asustada, miró en derredor.

—Corre —la instó la moribunda con un timbre de ansiedad—. Están a punto... de llegar. Salva a... mis pequeños.

—Pero...

Los ojos de la joven se inundaron con lágrimas nuevas.

—Por mí... no puedes hacer... nada. Ponlos a salvo... a ellos.

El gruñir de las bestias se escuchó más cercano y, aferrándose al instinto de supervivencia, tan arraigado en cualquier mortal, cogió al bebé y, con un brazo, lo sostuvo contra su pecho al tiempo que con la mano libre rodeaba la muñeca de la más pequeña de las niñas y la arrancaba de las piernas de su madre, obligándola a levantarse de la tierra sin que esta opusiese resistencia. Una sola mirada le bastó para hacer reaccionar a la mayor que, tras asentir apretando el gesto y depositar un dulce beso en la sien de su progenitora, se puso en pie y caminó hasta situarse junto a ella.

Varias siluetas encorvadas, bañadas por las sombras, comenzaron a avistarse a través de los troncos retorcidos que se alzaban frente a ellas.

Miró una última vez a la joven mujer que, pese al aciago destino que la esperaba, le dedicó una cálida sonrisa col-

mada de gratitud. Con un leve cabeceo de entendimiento, acompañado de un silencioso «lo siento» que cargaba una culpa que no le correspondía, le dio la espalda y apremió a las niñas a que corriesen.

Aún no habían dejado atrás los troncos retorcidos y cadavéricos que lindaban con los frondosos árboles del bosque de las Luciérnagas cuando un grito desgarrado, de crudo sufrimiento, rompió el silencio de la noche.

Incapaz de contener por más tiempo la pena que se le había adherido al pecho, lloró por aquella madre y sus huérfanos hijos mientras corría veloz en dirección al río.

Llegaron jadeantes a los juncos que bordeaban la orilla, y aunque ya no se escuchaba ni el más leve eco a sus espaldas, el miedo había calado tan hondo en ella que solo deseaba alejarse cuanto antes de ese lugar.

Con un salto, afincó sus castigados pies dentro del bote y, seguidamente, ayudó a la pequeña a que también subiese a él.

—Suelta el amarre —le ordenó a la mayor tras dejar al bebé con cuidado sobre los tablones de madera para hacerse con los remos.

Cuando la niña hubo hecho lo que le había pedido y estuvo sentada en la bancada de proa frente a ella, empezó a remar con premura, apurando la escasa energía que le quedaba.

La vio arrimarse al costado de su hermana menor antes de recoger al bebé de la cubierta y acunarlo entre sus brazos. La congoja volvió a atenazar su garganta, pero esa vez no se permitió derramar ni una lágrima. Por ellos. Esos tres niños habían quedado desamparados y era tan pequeños...

—A padre le dieron caza antes, cerca de la gran pared que brilla —murmuró la primogénita—. Él dejó que lo atrapan para darnos una oportunidad y ahora los dos están muertos.

Un escalofrío trepó por su columna.

Ella no sabía qué era la «gran pared» a la que se refería la niña. Tampoco preguntó con tal de no reavivar aún más sus recuerdos.

Respiró hondo, tomando una decisión irrevocable.

—Tranquila, todo va a ir bien a partir de ahora. Te lo prometo —le aseguró con la vista fija en el bosque de las Luciérnagas.

Un lugar de aspecto casi mágico al que jamás regresaría.

El lugar donde las leyendas se habían hecho realidad.

## Capítulo 1

*C*ada resuello detonaba en mis tímpanos más sonoro y vivo que el anterior, dificultando que pudiese calcular a qué distancia se encontraban las criaturas que querían darme caza. Estaba convencida de que mi agitada respiración camuflaba sus gruñidos estertóreos y que el trecho que las separaba de mí era menor de lo que me dictaba el sentido del oído.

*Bum bum.*

*Bum bum.*

*Bum bum.*

Los enérgicos latidos de mi corazón golpeaban contra mis costillas y el gélido aire que lograba atrapar a bocanadas lo sentía en la garganta como un millar de esquirlas de hielo decididas a perforarla. Me ardían los músculos de las piernas, pero, si me detenía un instante para recuperar un poco el aliento, los temblores se apoderarían de ellas y eso podría dictaminar mi fin.

*«Corre. Sigue corriendo. No te detengas».*

El miedo se había convertido en mi mayor aliado y, en lugar de paralizarme, me hacía esquivar con precisión los esqueletos retorcidos de los árboles y saltar sobre las raíces nudosas que sobresalían de la estéril tierra sin tropezarme.

*Muerto.*

El bosque por el que huía era un cementerio de troncos contorsionados con ramas de garras afiladas y hojas marchitas que crujían bajo las suelas de mis botas. Nada que ver con la radiante foresta de Sauce y sus tonalidades verdes; a mi alrededor todo eran marrones y ocres, regados por una neblina gris que culebreaba a ras del suelo como un ejército de espectros de gusanos.

*La capucha de la gruesa capa de la abuela Nadja me cubría la cabeza y parte del rostro, lo que entorpecía mi visión periférica, aunque no podía permitirme dejarla caer a mi espalda y que los rayos violáceos de Munno incidieran sobre los reflejos rojizos de mi oscuro cabello y les facilitara mi localización a las bestias.*

*Derrapé al saltar un tocón renegrido, tomé impulso hacia la derecha y me dirigí a un grupo de enjutos árboles, muy próximos los unos de los otros, donde la neblina se espesaba creando un manto uniforme del que ascendían volutas negras.*

*A pesar de la baja temperatura, el sudor salpicaba mi frente y se deslizaba a lo largo de mi columna. Me llevé la mano al costado izquierdo y lo presioné cuando un dolor punzante y agudo comenzó a asentarse en él. Apenas era capaz de suministrar oxígeno a mis pulmones y mis jadeos se tornaban más agónicos a cada zancada, pero no podía detenerme. La única oportunidad que tenía de hacerles perder mi rastro era internarme en aquel laberinto de árboles moribundos y rezar por que la densa bruma me hiciera invisible para ellos.*

*Tras pasé la primera fila de troncos y, al instante, noté la mordida de ese helor gris que emanaba de la tierra y se alzaba hasta mi cintura. Tirité, aminorando el paso ante la escasa visibilidad del terreno que ahora pisaba, y maldije para mis adentros al no haber previsto que aquello iba a convertirse en una segunda trampa para mí. Pero era tarde para dar marcha atrás, solo podía continuar y cruzar los dedos para que nada se anudara a mis tobillos y me hiciese caer.*

*Un rugido cavernoso rompió la calma nocturna, dejándome clavada al suelo. Porque no provenía de mi espalda, sino de la zona a la que yo me dirigía. Agucé el oído y eché una rápida ojeada por encima de mi hombro. El corazón dejó de latirme por un momento y un temblor, que nada tenía que ver con la inclemente temperatura, se adueñó de*

mi cuerpo al ver dos bultos encorvados olisqueando la tierra por la que yo acababa de pasar.

Se guiaban por el olfato y tenían mi olor localizado.

Esa certeza me hizo reaccionar e inicié un trote suave, atenta a cualquier sonido. No sabía qué me esperaba delante, si bien prefería arriesgar a convertirme en la cena de aquellos monstruos.

Un segundo rugido encolerizó a mis perseguidores, que respondieron con varios gruñidos desafiantes sin dejar de aproximarse. Por inercia, rodeé con los dedos el mango de la daga que pendía del cinto sujeto a mi cintura; un regalo que Egon me hizo dos primaveras atrás. Mis pulsaciones se dispararon y mi respiración se volvió de nuevo errática, consciente de que podían darme caza de un momento a otro. Incluso las dentelladas que lanzaban al aire, con las que parecían medir sus fuerzas, eran audibles, haciendo que me preguntara si estarían discutiendo sobre quién de ellos sería el primero en arrancarme un trozo de carne.

«Corre. Corre. Corre».

Curvé la espalda, encogiéndome cuanto pude para que la espesa niebla me envolviese, y me lancé a la carrera, sorteando troncos y apartando con una mano las ramas bajas de garras puntiagudas mientras la otra seguía aferrada a la empuñadura de mi arma. Recordé cada una de las veces que Egon me había insistido en enseñarme a usar el arco y yo rehusé que lo hiciera. Qué estúpida de mí no pensar que en un futuro esa destreza suya podría haberme valido para salvar la vida.

«Corre. Corre. Corre», se repitió en mi cabeza.

Entonces lo vi a través de aquel laberinto de árboles muertos, justo delante de mí.

Truncando mi única vía de escape, se hallaba un jinete envuelto en una capa tan oscura como la ceguera, montado a lomos de una bestia enorme con el pelaje de idéntico color a sus vestiduras.

Aspiré un grito de pánico.

*Me giré con la intención de desandar mis pasos, pero los audibles gruñidos que se colaban en mis oídos, pese a que las dos criaturas corvas ya no se vieran, solo podían significar que se habían adentrado en la densa bruma y se encontraban próximas a mí.*

*Con el cuerpo en tensión y la respiración el doble de acelerada, viré de nuevo al frente rogando a los dioses que el jinete oscuro ya no estuviera. No tuve esa suerte; él continuaba estático en el mismo lugar, cortándome el camino, allí donde la niebla se suavizaba y ascendía un par de palmos por encima de la tierra.*

*Desesperada, miré a uno y otro lado con la esperanza de localizar una escapatoria, pero a mi alrededor solo había árboles agonizantes de ramas deformadas que se pudrían desde las raíces, bañados por ese gélido y denso velo que emanaba de la tierra.*

*Todo era bosque muerto y...*

*Mi corazón dio una sacudida y exhalé un jadeo.*

*Allá en la distancia, conquistando el margen izquierdo de ese tétrico lugar que se abría ante mí, justo donde los fósiles troncos se espaciaban y el terreno volvía a ser visible, se alzaba una gran pared tan negra como la obsidiana, de superficie lisa y acristalada, que se perdía en el horizonte ondulando a ras de la tierra.*

*Aquella enorme y ondeante piedra pulida, de lo que parecía algún tipo de mineral, arrancaba del interior de la montaña como si esta hubiese sido cercenada en vertical quedando con las entrañas al descubierto. El contraste era aterrador a la vez que hermoso, como estar contemplando dos mitades de un mismo rostro en la que una estuviese quemada, con la piel grumosa y derretida, y la otra dotada de tal perfección que su belleza resultara hipnótica. Ascendí la vista por ella, calculando que tendría una altura similar a la de los sauces que poblaban mi querido bosque en Eddel. Tratar de escalarla sería imposible, menos aún teniendo en cuenta su verticalidad, sin embargo...*